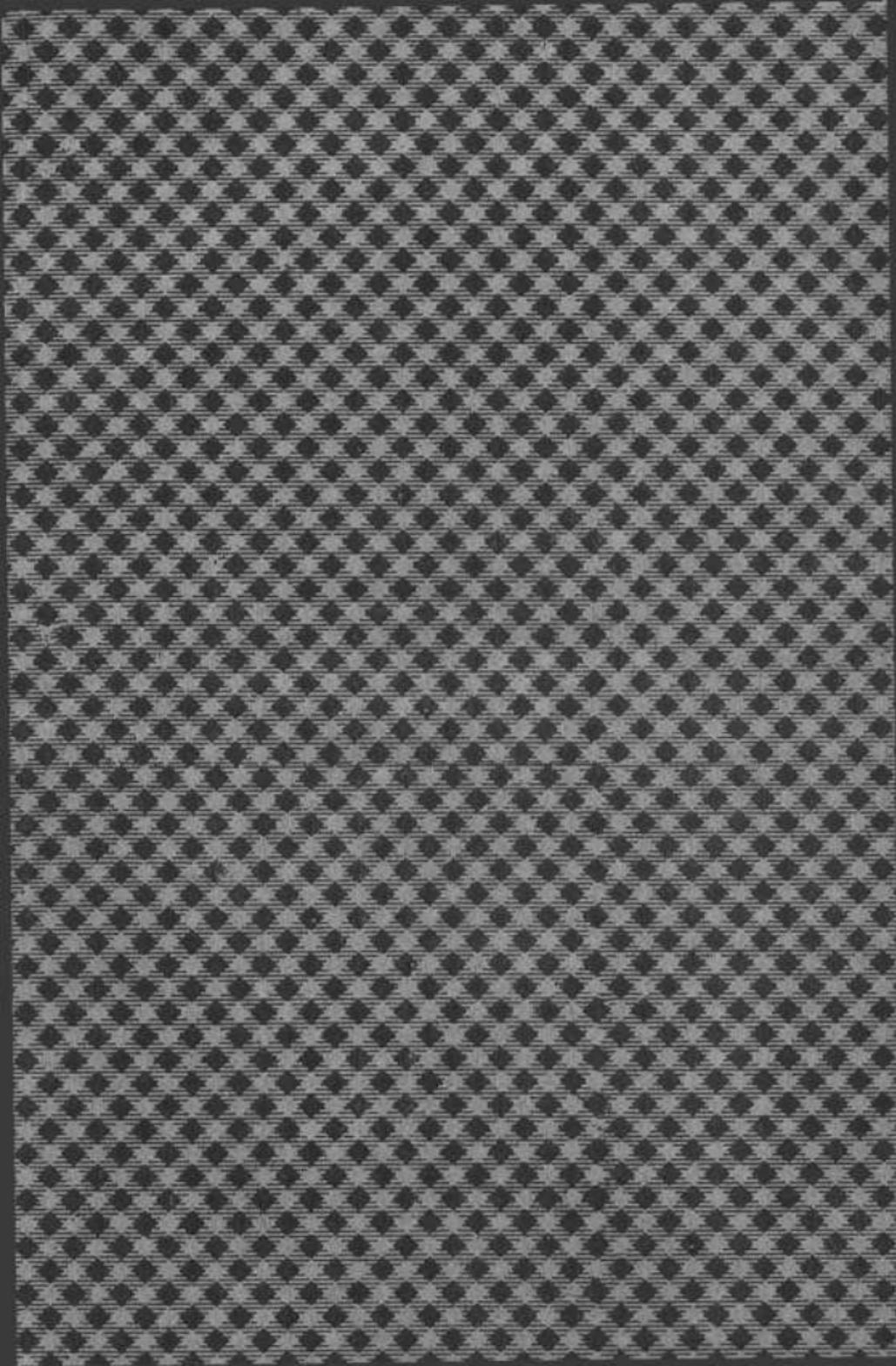


97.

1770





Had ted

BIBLIOTECA SOL Y SOMBRA

VOLUMEN V

RAFAEL MOLINA



(LAGARBIJO)

50 CÉNTS.

GINÉS CARRIÓN, editor.

VERÓNICA, 13 Y 15.—MADRID.

BRITISH AIR FORCE

(OFFICIAL USE)

STAMP OFF

RAFAEL MOLINA (LAGARTIJO)

27

BIBLIOTECA SOL Y SOMBRA

VOLUMEN V

RAFAEL MOLINA

(LAGARTIJO)



MADRID

GINÉS CARRIÓN, EDITOR

Calle de la Verónica, 13 y 15.

1906

+

I

Precocidad.

Córdoba, la famosa ciudad de los históricos recuerdos; la suntuosa residencia de los califas; la joya preciada de los Abderramanes; la que por sus esplendores cortesanos rivalizó algún tiempo en riqueza y poderío con Bagdad la incomparable; la que habitó en remotos siglos raza guerrera y soñadora; Córdoba *la sultana*, como antonomásticamente la llamaron los poetas, aún conserva el espíritu de aquellos hombres fuertes y vigorosos, enérgicos y apasionados, decididos luchadores

aventureros, que durante varias centurias supieron tener á raya el batallador impulso de los ejércitos cristianos con tenaz empeño dedicados, de una en otra generación, á la reconquista de la patria que D. Pelayo emprendiera en las agrestes montañas de Asturias.

En esa ciudad vetusta, hoy tranquila y aburguesada, nació, el 27 de Noviembre de 1841, Rafael Molina, hijo de Manuel, conocido entre sus paisanos por el sobrenombre de *Niño de Dios*, y de María Sánchez, hermana de un torilero á quien apodaban *Poleo*.

Criado en el popularísimo barrio de la Merced, donde hallábase enclavado el matadero antiguo, no tardó Rafael en dar gallardas muestras de su ardiente vocación al toreo, y muy pronto—cuando apenas contaba once años—puso á prueba su valor y destreza ante los cornúpetos, figurando en una novillada que durante el mes de Septiembre de 1852 organizó el Ayuntamiento de Córdoba, con motivo de la feria, dedi-

cando sus productos á un fin benéfico (1).

En ese año comenzó *Lagartijo* á figurar como banderillero en la cuadrilla infantil formada y dirigida por el célebre Antonio Luque, *el Camará*, recorriendo las plazas de Ciudad Real, Almagro, Jaén, Ubeda, Málaga y Granada, donde obtuvo el muchacho ruidosos triunfos como peón de brega (2).

«Era Rafael entonces pequeño de estatura, casi el más pequeño de todos los de igual edad, muy compuestito, muy

(1) Sánchez de Neira: *Gran Diccionario taurómico*, pág. 503. Según los apuntes biográficos que publicó el Sr. Escamilla y Rodríguez en el núm. 177 (año IV), del semanario *Sol y Sombra*, Rafael actuó de banderillero, con varios jóvenes de su edad, en la corrida efectuada en Córdoba el 8 de Septiembre de 1859, sin que en esta biografía se haga referencia á ninguna otra anterior en la cual tomara parte *Lagartijo*.

(2) Santa Coloma: *Apuntes biográficos de los diestros que más se han distinguido en el arte de torear*, 1872, pág. 316.

ligero y atrevido y, por lo tanto, muy simpático. A su ligereza, á su viveza ratonil, debe el llamarse *Lagartijo*. Se movía tanto, esquivaba con tal celeridad los *derrotes* y rehuía tan fácilmente el encunarse cuando iba alcanzado, que solo á un bicho como la lagartija podía comparársele en determinadas ocasiones» (1).

La historia de Rafael como torero hábil é inteligente tuvo principio en la corrida que se efectuó el 8 de Septiembre de 1859 en la plaza de Córdoba, cuando ya el joven *Lagartijo* llevaba próximamente ocho años de ejercicio con notable aprovechamiento.

«Desde entonces empezó á sobresalir entre sus compañeros, y tanto logró distinguirse, que pronto ingresó en la cuadrilla de su paisano *Pepete*» (2).

Más tarde—1860—ingresó en la de José Carmona, después en la de Manuel

(1) Sánchez de Neira, obra citada, p. 503.

(2) Escamilla y Rodríguez, artículo citado.

Carmona y por último—1862—en la del famoso Antonio Carmona, el *Gordito*, á cuyas órdenes perfeccionó Rafael sus conocimientos taurinos, dando á su trabajo un carácter personal y definido, con sello propio, que le hizo destacar notablemente del de los compañeros más en boga á la sazón.

«Su anterior modo de torear, ligero y atolondrado, fué corregido por el de los Carmonas, particularmente el de Antonio, movido, inquieto, pero seguro y vistoso; la oportunidad en los *quites* á los picadores, el cambio ó *quiebro* poniendo banderillas, y el parear en corto y andando, le dieron crédito y reputación. En menos de dos años se hizo torero de primera nota, en términos de que apenas repuesto de una grave herida que en Agosto de dicho año (1) le causó un toro en la plaza de Cáceres al ponerle banderillas, se le contrató para matar cuatro toros en la plaza de Buja-

(1) 1862.

lance, pueblo de importancia en la provincia de Córdoba» (1).

En esa corrida, efectuada el 24 de Septiembre de 1862, hizo *Lagartijo* su *debut* con el estoque, al cabo de diez años de práctica y cuando ya podía *codearse* con los maestros más afamados en el manejo del capote y las banderillas.

Parece lógico, y así lo creen muchos aficionados tenidos por inteligentes en la materia, que el buen matador de toros debe formarse merced á la diversidad de conocimientos que una práctica constante y bien dirigida proporciona de las distintas suertes y lances que integran la lidia; ó lo que es lo mismo, que para llegar á obtener el título de espada con algún éxito, es condición indispensable haber sido antes un buen peón de brega y excelente banderillero.

Por eso, cuando se presenta algún diestro—como acontece con frecuencia

(1) Sánchez de Neira, obra citada.

hoy—matando toros de la noche á la mañana, sin que á la ejecución de esa suerte hayan precedido las de lancear de capa y poner banderillas, dudan—cuando menos—de sus aptitudes, si no llegan á negarlas en redondo, que suele ser lo más común entre quienes se precian de aficionados á la antigua usanza.

No hemos de discutir punto tan intrincado como ese, sobre el cual tampoco puede nadie dar opinión en absoluto; porque la experiencia demuestra en la mayor parte de los casos, que diestros habilísimos é inteligentes en el manejo del capote y las banderillas, al pretender ocupar el puesto más elevado de la jerarquía taurina, resultaron matadores deficientes, ya que no merecieran el calificativo de detestables.

Para no herir las susceptibilidades y convicciones arraigadas en ciertos elementos de la afición, nos abstenemos de citar nombres propios de toreros que han alcanzado fama y ocupan lugar

eminente en los anales de la tauromaquia que, como matadores, no llegaron á distinguirse ni por el valor ni por la destreza.

¡Cuántas grandes figuras de los dorados tiempos acuden á nuestra memoria al trazar estas líneas!

La Historia es implacable y justiciera.

Remoñtando su curso en la investigación de los hechos que han de figurar en estas pequeñas monografías, observamos, en primer término, que existe gran dosis de apasionamiento en los ditirámicos elogios con que á cada paso nos aturden los incondicionales admiradores del toreo antiguo, fundando en ellos la base de su argumentación contra lo que actualmente se practica en las plazas, despreciando esto y considerándolo como remedo indigno de lo que antaño se ejecutaba.

Y también la Historia nos dice que muchas reputaciones taurinas del pasado, consagradas en el presente como indiscutibles, tal vez no hubieran pros-

perado en estos tiempos *de ruina y decadencia*; según en todos los tonos y á todas horas los califican esos señores que adoran el *ayer*, quizás por la única razón de que sienten la nostalgia de la perdida juventud al recordar aquellas épocas ya remotas que, por desgracia suya, no volverán.

Eso que en otra ocasión hemos dicho (1) lo creen y piensan muchos de cuantos alguna vez han curioseado papeles viejos referentes á la fiesta de toros; pero seguramente unos por miedo al *qué dirán*, y otros por no ser notados de mal gusto y poca inteligencia en tales andanzas, siguen la corriente y, cuando más, reservan para ocasión más

(1) En el volumen IV de esta Biblioteca, titulado: *Salvador Sánchez «Frascuelo»*, página 68, al final, sentamos esta afirmación: «Acaso algunos de los diestros á quienes la historia consagra como dechados, no pasaran de medianías á vivir en estos tiempos, sin hacer más de lo que en el suyo hicieran».

propicia sus atrevidísimas opiniones.

Nosotros, por entender que el escritor se debe ante todo y sobre todo á la verdad, no vacilamos en decir que hoy, en general, los toreros que llegan á primera fila son más completos que los de ayer; hacen faenas de capa y muleta que nada tienen que envidiar á las ejecutadas *in illo tempore* por los maestros más afamados; ponen banderillas como pudiera hacerlo cualquiera de aquellos excelentísimos palitroqueros y matan mejor y más á conciencia que sus diestros antecesores, salvo las excepciones propias de toda regla.

Para terminar, volviendo al punto de partida, materia de esta digresión, por la que pedimos indulgencia á nuestros lectores, creemos que un torero puede empezar siendo buen matador de toros, sin haber practicado las suertes que podemos llamar auxiliares; sin perjuicio de ocuparse después, con el estudio y la ejecución constante, en el perfeccionamiento de aquéllas si aspira, como

debe aspirar todo el que se dedique á profesión tan arriesgada y viril, á ser tenido por un perfecto lidiador de reses bravas.

Claro es—y así lo enseña la lógica— que empezar *por el principio* resulta más fácil y natural; pero la experiencia nos demuestra que adquirido el hábito de burlar los toros con el capote y las banderillas en forma muy distinta á la requerida por el uso de la muleta y el estoque, muchos de los matadores que han sido notables y adquirieron nombradía como *rehileteros* de habilidad insuperable, han entrado y entran á herir con el estoque, casi siempre, como si fueran á clavar banderillas, buscando alivios y ventajas propias exclusivamente y solo admisibles en el segundo tercio de la lidia.

Sintetizando nuestra opinión: creemos que no obsta ser un gran peón de brega y un banderillero superiorísimo, para resultar un matador mediocre, rayano á veces en la nulidad.

Y basta de comentarios.

Rafael Molina se presentó por primera vez en la plaza de Madrid el 13 de Septiembre de 1863, figurando, como banderillero, en la cuadrilla del célebre *Gordito*.

«Los viejos aficionados recuerdan la limpísima manera de banderillar al quiebro, en la que, haciendo derroche de su ligereza, flexibilidad y vista, se conquistó la predilección de los públicos.

»Desde entonces, no pocas corridas ajustó el *Gordito* á condición de llevar consigo á tan notabilísimo banderillero» (1).

Siempre que la ocasión mostrábase propicia, los maestros cedían á Rafael la muerte de algunos toros, en calidad de medio espada, ó sobresaliente, y así fué adiestrándose nuestro biografiado

(1) Escamilla y Rodríguez: *Rafael Molina (Lagartijo)*—Biografía—artículo publicado en *Sol y Sombra*, núm. 117 (año IV).

en el uso de la muleta y el estoque, á la vez que se captaba simpatías, aplausos y contratas, tanto por sus estimables dotes personales, como por su excelente manera de torear.



II

La alternativa.

Considerándose apto para obtener el título de matador de toros sin peligro de verse postergado en el aprecio de la afición, que veía ya en él un diestro meritísimo, con personalidad propia bien definida, decidió tomar la alternativa, que le otorgó en la plaza de Madrid el famoso maestro Cayetano Sanz.

«Era el domingo 15 de Octubre de 1865, y se jugaron en la plaza vieja tres toros de D.^a Gala Ortiz, viuda de Ginés, vecina de San Agustín, y tres de la viuda de D. José María Benjumea, vecina de Sevilla, recibiendo Rafael la investidura de manos de Cayetano

Sanz, que le cedió el primer toro, de D.^a Gala, de nombre *Barrigón*, al que remató después de once pases ceñidos y parando mucho, con una buena estocada arrancando» (1).

Como espadas figuraron en aquella corrida Cayetano Sanz, Antonio Carmona, el *Gordito*, y Rafael Molina, *Lagartijo*, cuyo doctorado se anunció en esta forma:

«Que alternará por primera vez en esta plaza, confiando más bien en la indulgencia del público que en sus propios merecimientos, y que procurará desempeñar con el mayor lucimiento desde esta corrida las obligaciones que le impone su nueva categoría» (2).

Picaron de tanda los seis toros Onofre Alvarez y Manuel Sacanellas, con tres reservas.

(1) Carmena y Millán: *Lances de capa*, página 123.

(2) Cartel reproducido al fotograbado en el núm. 117 de *Sol y Sombra*.

¡Ni más ni menos que ahora!

Cada tanda de picadores pica los toros que corresponden á su matador respectivo, y gracias; aun así, remolonean cuanto pueden, cargando sobre las costillas del compañero los porrazos á que, por clasificación, tuviera derecho cada cual.

La nota más arriba citada con referencia al cartel anunciador de la 16.^a *media corrida de toros efectuada en la tarde del domingo 15 de Octubre de 1865*, nos sugiere algunas amargas consideraciones, comparando la respetuosa modestia con que los diestros más aplaudidos antaño se encomendaban á la pública benevolencia, con el desdén, próximo al desprecio, con que hoy tratan á la afición los diestros, aun los más insignificantes, desde el momento en que logran un éxito, por pequeño que sea.

A ese propósito, nos refirió cierto amigo una curiosa anécdota, que encaja en este lugar como traida al propósito.

Conversaba el aludido una noche con un famoso picador, anciano ya y en activo, por más señas, el cual decía:

—Yo alcancé los tiempos de *Lagar-tijo* y *Frascuelo*; entonces, cada vez que un individuo de las cuadrillas encontraba fuera de la plaza á alguno de los maestros, le saludaba respetuosamente, sombrero en mano, y en el rondel obedecía, sin replicar, las órdenes de su matador; ¡pero ahora!... En cuanto cualquiera de estos toreritos del día *igualala* un par... ¡*Adios tú!*... Ya se cree un *Costillares* ó poco menos, y tutea al lucero del alba como si todos fuéramos unos.

Así se da el caso deplorable, con harta frecuencia, de que ni los matadores consiguen hacerse respetar durante las corridas, ni los lidiadores subalternos se someten á las disposiciones de sus jefes, y todo se trueca en olla de grillos ó merienda de negros, donde nadie se entiende y cada cual obra por impulso y cuenta propios; y aun, á veces, se per-

miten el lujo de aconsejar al maestro lo que debe hacer en momentos apurados.

¡A buena hora, un novillero de hoy consentiría en el cartel de su alternativa advertencia semejante á la que hemos transcripto!

Era costumbre, por los tiempos á que nos referimos, no publicar en los carteles los nombres de los banderilleros, pues éstos trabajaban, generalmente y con muy contadas excepciones, contratados por las empresas, sin formar cuadrillas, como hoy, á cargo del espada.

Probablemente, y *El Bachiller González de Rivera* (1) así lo afirma de referencia, fueron «Benito Garrido, *Villaviciosa*, y los sevillanos Juan Yust, hijo del célebre matador igualmente llamado y José Gómez, *el Gallo*».

El toro quinto de los jugados la tarde de su alternativa—de D.^a Gala Gómez,

(1) *La cuadrilla de «Lagartijo»*: artículo publicado en el núm. 377 de la revista *Sol y Sombra* (año VII).

como el primero—fué banderilleado por el *Gordito* y *Lagartijo*; éste le puso un par al sesgo, consintiendo tanto, que hubo de medir el suelo á consecuencia del encontronazo que recibió al cuadrar en la cabeza del bicho, haciéndose firme al aguantar con los palos.

Allí quedó abierto un paréntesis, que debía cerrarse á los veintiocho años, en cuyo interior se desarrolló larga serie de triunfos y descalabros, alegrías y tristezas, ilusiones y desengaños, que formaron, en conjunto, la brillantísima historia de aquel torero sin par, que á la edad de once años empezó á hacerse aplaudir y admirar de cuantos en él veían una esperanza que no tardaría en realizarse.

Y así fué; *Lagartijo* se reveló, durante la primera mitad de su vida tauromaca, diestro verdaderamente excepcional.

En competencia primero con el *Gordito*, *Bocanegra* y el *Tato*; después con *Frascuelo*, el matador más concienzudo

y que mayor número de prosélitos contaba á la sazón, logró mantenerse á flote y acrecentar su fama ejecutando faenas que hoy quizás á muchos parezcan inverosímiles, pero que consignadas quedaron en la historia de Rafael con caracteres imborrables, que llevaron de generación á generación el recuerdo de aquel coloso, digno por todos conceptos de figurar entre los héroes del toreo contemporáneo.

Antes de pasar á referir los hechos más culminantes por *Lagartijo* verificados en aquel período de veintiocho años, hemos de hacer una advertencia á nuestros lectores.

Aunque la mayor parte de los biógrafos de Rafael no consideran á éste como espada con alternativa hasta el 15 de Octubre de 1865, ya en la plaza de Úbeda (Jaén) habíasela otorgado el *Gordito*.

«Llegó el 29 de Septiembre de 1865, y en la plaza de Úbeda quedó desligado *Lagartijo* de la cuadrilla de Anto-

nio Carmona; éste, considerando ya á su discípulo con condiciones bastantes, dióle la alternativa de matador de toros, cediéndole con toda cortesía la espada y muleta á fin de que estoquease el primer toro de la corrida, perteneciente á la ganadería de la Excma. señora Marquesa Viuda de Ontiveros.» (1)

Así, pues, la alternativa de Rafael debe contarse desde esa fecha, á la cual el neófito matador llevaba trece años de práctica en el toreo, con aprovechamiento notable, y veinticuatro de edad próximamente.

Era un torero hecho y en la plenitud del vigor.

Dice un adagio que: «no por mucho madrugar amanece más temprano»; sentencia que bien puede aplicarse á esos jovenzuelos imberbes que, apenas llegados á la pubertad, se creen lo sufi-

(1) Ramírez Bernal: *Los grandes sucesos de la vida taurómaca de «Lagartijo»*, pág. 11.

cientemente aptos para dedicarse, sin otra preparación, á matar toros ante el público, exponiéndose, en la mayoría de los casos, á quedar en la estacada, vencidos sin gloria ni provecho.

Resumir en pocas páginas la historia de *Lagartijo*, supone labor extensa y minuciosa para la que no bastarían quizás seis volúmenes como el presente, y por eso concretaremos lo posible, procurando hacer resaltar aquello que fué base firmísima sobre la cual cimentó el *Gran califa* de Córdoba—como le llamó el eminente *Sobaquillo*—el edificio de su fama.



III

El toreo de Rafael.

Lo sintetizó el mismo interesado en esta frase que se le atribuye:

—«Los toros nobles los mato de VERDÁ—decía en todas partes *Lagartijo*— los malos, los que quieren cogirme... á esos no me ENTREGO. Sería un *lila*» (1).

Es muy difícil juzgar con alguna exactitud, en conjunto, la labor de Rafael; pues en el largo período que abarcara, ofreció tales diferencias, fué tan desigual y variada, dió motivo á tan encontradas opiniones y comentarios tan diversos, que hoy resulta verdadera

(1) Ramírez Bernal: obra citada, pág. 167.

obra de romanos hacer una apreciación general que se aproxime á la verdad de los hechos.

Le vemos en su primera época de matador, bullendo quizás con exceso, muy movido con el capote y la muleta; pero valiente, casi temerario en ocasiones, al herir.

Después, más adiestrado y á pesar del ejemplo de Carmona, le hallamos hecho un torero reposado, tranquilo, sin perjuicio del adorno, ocupando siempre su puesto en la plaza, acudiendo con arrojo y oportunidad á los quites, rematando éstos magistralmente y arrancando á matar con decisión.

Transcurrieron diez, quince años, durante los cuales conservó dignamente el renombre alcanzado, siendo el torero preferido por la afición inteligente, en formidable competencia con los maestros *Cúchares*, el *Tato*, el *Gordito* y *Frascuelo*; más tarde se inició la decadencia, y continuó siendo aplaudido y admirado por su inteligencia, que le

proporcionó recursos y ventajas para deshacerse de los toros con el menor riesgo posible.

Los buenos aficionados, por su parte, continuaron viendo en *Lagartijo* al espada predilecto, más por consideración á lo que había sido, que por lo que al presente fuera.

Puede asegurarse que Rafael, en el último tercio de su vida torera, mantuvo la fama y el prestigio de diestro notabilísimo, á caballo de pretéritas hazañas, base firmísima de su gloria.

«Rafael á los nueve años ya era banderillero de novillos, había visto su nombre en carteles y trabajado en público; pero hasta los diez y ocho, en que toreó formalmente en Córdoba, no tomó, digámoslo así, carta de naturaleza en el arte.

»A esa edad toreaba movido, bullendo siempre, exponiéndose á cada paso, encunándose con frecuencia y saliendo libre merced á una flexibilidad de cintura, á una facilidad para quebrar de

que quizás no haya ejemplo en el toreo.

»Cuando más tarde entró á formar parte de la cuadrilla de los Carmona, quedándose definitivamente al lado del *Gordito*, parecía natural que aquel toreo movido que caracterizaba á Rafael, aquel no parar continuo fuera en aumento, estimulado por el ejemplo del maestro.

»Y no fué así.

.....

»Si en la muerte de un toro no había tenido fortuna, á poco que el siguiente se prestase, quedaba en él á grande altura. De esa época son aquellos grandiosos volapiés *en las tablas*, entrando corto, vaciando á ley, saliendo de la suerte limpio y rozando los costillares de la res.

»Siempre, especialmente en los quites, Rafael estuvo en su puesto, sin preocuparse del riesgo que pudiera correr.

»¿Había que interponerse entre la fiera y el picador caído? Pues Rafael lo

hacia, contando siempre las cornadas como una contingencia de la profesión, que hay que afrontar...» (1).

De su destreza y maestría para librar á los picadores, dan clara idea los ejemplos que exponemos á continuación, transcritos de *Los grandes sucesos de la vida taurómaca de Lagartijo*, obra repetidamente citada en este folleto, y en la que su autor ha hecho la historia imparcial y minuciosa del gran torero.

Refiriéndose á la corrida efectuada en Córdoba el 26 de Mayo de 1866, escribe el Sr. Ramírez Bernal:

«En quites, los hizo sobresalientes, ejecutando varios con solo la montera en la mano como engaño...» (2).

Conocido es el episodio que se atribuye á Rafael con ocasión de un quite hecho por el famoso maestro cordobés al picador Onofre.

(1) Millán: *La Escuela de Tauromaquia en Sevilla y el toreo moderno*, págs. 186 á 190.

(2) Obra citada, pág. 12.

El suceso tuvo por escenario la plaza de Barcelona.

El 24 de Junio de 1872 se lidiaban cinco toros de Laffitte y uno—el primero—de Barbero.

En tercer lugar se jugó el llamado *Medianito*, «bravo, de poder y pegajoso, hasta el extremo de quedarse dormido corneando los cabal'os».

Onofre puso cinco varas y en la segunda caída quedó al descubierto; el toro, después de vacilar un instante entre acometer al caballo ó al picador, se disponía para embestir á éste, cuando *Lagartijo* metió el capote y se llevó al cornúpeto con una ligereza y precisión que entusiasmaron al público.

«Cuéntase, como cosa verdadera, que Rafael aprovechó la difícil situación del picador para en los breves instantes que duró exigirle un gallo inglés que Onofre poseía y que por más ofrecimientos de dinero que le había hecho *Lagartijo* no se lo quería ni vender ni regalar.

»En la alternativa de mirar el toro, ya

á Onofre, ya al caballo, fué cuando *Lagartijo*, en actitud de prevenir una desgracia, le preguntó:

—»¿Y ahora me das er gayo?

—»Sí, sí, y jasta la nasa.

»Este diálogo, en una situación tan extrema, fué comentado entonces y después referido como uno de esos lances que demuestran hasta dónde puede llegar la confianza de un gran torero que, ajeno al temor, sabe evitar riesgos imponiéndose con condiciones burlescas» (1).

Por su parte, el Sr. Sánchez de Neira, que nunca se distinguió como partidario del toreo de Rafael, emitió en su *Gran Diccionario Taurómico*—página 504—este juicio del *coloso* de Córdoba:

«Su anterior modo de torear, ligero y atolondrado, fué corregido por el de los Carmonas, particularmente el de Antonio, movido, inquieto, pero seguro y vistoso: la oportunidad en los *quites* á

(1) Obra citada, pág. 30.

los picadores, el cambio ó *quiebro* poniendo banderillas, y el parrear en corto y andando, le dieron crédito y reputación.

.....

»Rafael Molina fué en sus principios un torero confiado; *vió llegar* los toros como pocos, y los *consintió* como nadie.

»No se olvidarán en mucho tiempo sus famosas *largas*, modelo de clásica escuela.

»Su muleta no era todo lo buena que debiera y la fué mejorando cada vez más, hasta el punto de que dió *pases* de defensa y de castigo á la perfección, si bien abusando de esos llamados *pases cambiados* y ayudados, ridículo remedo de los de pecho, que algunos necios aplauden. A veces se encorbó *al pasar*; algunas, para disimular su arranque de largo, dió un paso atrás como para tomar carrera, y esto es feo. Y por último, ni aprendió, ni siquiera intentó

nunca aprender á *recibir* toros (1); suerte principal del toreo que, por no ejecutarla él y algunos otros matadores, es posible se olvide antes de mucho. El torero que hoy la ejecute bien, será *el primero de todos*; que no es torero perfecto el que la ignore.

»La opinión general le coloca hoy entre los primeros y más reputados ma-

(1) La suerte favorita de *Lagartijo* fué siempre la de matar á volapié. Sin embargo, contradiciendo la rotunda afirmación del señor Sánchez de Neira, según la cual nuestro biografiado no mató *nunca* toros recibiendo, el Sr. Ramírez Bernal, en su estudio histórico tantas veces por nosotros citado, consigna estos dos detalles:

El primero se refiere á una corrida efectuada en Bilbao el 21 de Agosto de 1871: «Merece consignarse también, porque es raro en la vida de *Lagartijo*, que éste, después de torear brevemente de muleta al mismo toro, le matase de *una buena recibiendo*.»

En la misma plaza, el 20 de Agosto de 1872, al tercero, que se llamaba *Monterillo*, y que pertenecía á Laffitte, le dió otros cinco pasés

tadores, y en esto no hace el mundo más que justicia, porque Rafael valía mucho, conocía las reses y se arrojaba al *volapié* como pocos, en sus épocas de auge. Cuando decía «quiero», se le podía ver; pero ¡si quisiera siempre!

.....

con frescura y ciñéndose, **RECIBIÉNDOLE** con una estocada algo baja.»

También el Sr. Santa Coloma, que al parecer no figuró entre los admiradores de Rafael, escribió en sus *Apuntes biográficos* al tratar de este diestro: «Molina, á no dudar, reúne dotes innegables de saber lo que se hace en todas las suertes del arte, pues aun cuando no consuma, ni aun lo intenta, la de *matar á toro recibido*, consigue muchos aplausos en cuantas plazas se presenta.»

Como se ve, ambas afirmaciones pierden su carácter absoluto ante los hechos apuntados por el Sr. Ramírez Bernal.

¿Que lo de matar dos toros *recibiendo* no significa nada para un torero como *Lagartijo*? Conformes; pero conste que esas dos veces *intentó* y *consumó* la suerte, que *nunca* había *siquiera intentado*, según rotundamente afirmaron los citados escritores.

»*Lagartijo*, en sus treinta años de toreo, ha recorrido las siguientes etapas: en sus diez primeros, guapo, valiente y con entusiasmos; en los diez segundos, parado, entendido y algo tibio con cierta clase de toros; y en los diez últimos, reservado, frío y apelando á tranquilos para obtener aplausos. Fué, en resumen, un torero de primer orden, sin duda alguna, y un matador muy aceptable, más por el buen manejo de su muleta, que del estoque, porque al clavar éste no lo hacía en rectitud.

»Veía mucho y apreciaba bien».

El Sr. Millán, cuya reputación literaria y autoridad de crítico en materia taurina todos reconocemos y acatamos, en su hermoso libro: *La Escuela de Tauromaquia de Sevilla y el Toreo moderno*, impresionó en esta forma el trabajo del maestro cordobés:

«Rafael compone un cuadro cada vez que mete el capote, da motivo de estudio á los pintores en cada uno de los movimientos que ejecuta, aparece siem-

pre artístico, siempre escultural, siempre dentro de la belleza plástica, siempre dentro de la estética taurina, con esa figura *sui generis* que en la plaza resulta de una elegancia suma, de una esbeltez sin límites, como personificación del ideal torero.

»Por eso, cuando en un quite interviene Rafael, hace separar la vista de lo repugnante del cuadro y atrae sobre sí todas las miradas al componer otro que forma el contraste de lo bello al lado de lo repugnante. Y hay en aquella percalina que se agita, en aquellas largas, en aquellas medias verónicas, tal pureza de líneas, que su tocayo, el de Urbino, no hubiera dibujado nada mejor; siendo esto tanto más de admirar, cuanto que Rafael no sabe lo estético que aparece, ni se da cuenta de ello, porque sus movimientos son naturales, porque no conoce la afectación, porque *él es así*.

Llena la plaza, como algunos artistas privilegiados llenan la escena.

»Cuando Rafael *quiere*, no hay ni fra-

ses bastantes á elogiarle, ni nada con que pueda comparársele.

.....
»A veces basta un *capote* suyo para fijar un toro incierto, cuadrarle, ponerle á la muerte, sacando así de apuros á otro diestro.

»En los momentos difíciles, cuando un picador al descubierto peligra, Rafael está admirable. Se interpone entre el bruto y el hombre caído, oculta á éste, y allí, donde no hay terreno posible para hacer suerte, *Lagartijo* la hace, se apodera del toro, lo saca á punta de capote, con una de esas largas inimitables, y termina volviendo la espalda á la fiera, con la seguridad de que la fiera no arranca, con la convicción de que no ha de moverse; como si en los pliegues del capote *Lagartijo* tuviese la intención del toro y pudiera manejarla á su antojo.

.....
»Rafael ha inventado una suerte de matar que está entre el volapié y el paso

de banderillas, que tiene algo de la estocada arrancando, una estocada que solo él puede dar, porque solo él la siente; que la hace á toda clase de toros y le ha valido ruidosas ovaciones. Arranca retrocediendo un paso al tirarse (el célebre paso atrás), cuarteo, da amplia salida con la muleta y, sin embargo, hay estrecha reunión; la estocada queda en el sitio de la muerte; á veces en el lado contrario».

Esa impresión artística, donde no cabe más vigor en el trazo de la figura, ni más viveza en el colorido, ni mayor exactitud en la entonación del conjunto, nos presenta á Rafael como torero de mérito indiscutible é insuperable manejando el capote y la muleta; pero mediano matador, que buscó una forma para deshacerse de los toros con cierta rapidez y algun *alivio*.

Peña y Goñi, el apasionado admirador de *Frascuelo*, que por serlo no puede parecer á nadie sospechoso de *lagartijismo*, pues todos los aficionados

del día conocen la intransigente rivalidad que durante mucho tiempo existió entre los partidarios de Salvador y Rafael; Peña y Goñi, que á cada paso censuraba con acritud las deficiencias que se advertían en *Lagartijo* como matador, hizo de él este juicio, cuya sincera imparcialidad multiplica su valor:

«¿Quién es capaz de hacer un retrato literario de Rafael Molina? ¿Quién es capaz de dar idea de la soberana elegancia, de la armonía de líneas, de la postura sin igual, de la gentileza y abandono incomparables de *Lagartijo*? A bien que los aficionados ven torear á Rafael con mucha frecuencia y ellos me ahorrarán el trabajo de describir lo que es poco menos que indescriptible... *Lagartijo* torea con el busto; los pies no hacen sino acompañar los candenciosos movimientos de una cintura flexible, que imprime á todo el cuerpo ondulaciones llenas de abandono y de gracia. Todo lo reúne, lo que da la naturaleza y lo que pone el hombre con su esfuerzo in-

dividual; la valentía y la elegancia, la tranquilidad y la finura, la vista para ver llegar los toros, la precisión para consentirlos y el arrojo para despegarlos, la serenidad para apreciar seguramente los contrastes y la viveza para enmendarse en un palmo de terreno, el fondo y la forma, en fin, se dan de mano para hacer de *Lagartijo* la personificación del torero más perfecto que haya podido existir desde que hay toreros en el mundo...»

El Sr. Ramírez Bernal, juzgando con plausible imparcialidad el trabajo de Rafael, escribió en su obra ya citada:

«Es de todo punto innegable que Molina tuvo su época de oro, que abraza los tres años de 1870 á 1873; después, es decir, al año siguiente, apareció como cierto tímido ensayo el *paso atrás* y el *cuarteo* hiriendo á *cabeza pasada*, con cuya ventaja poco ó nada tenía que hacer la muleta en el *cruce*, porque los pies ganaban el terreno necesario para evitar un *embroque*.

»Eso no era el arte, eso no era la verdad, y los inteligentes—escasos por desgracia—señalaron el defecto para que se corrigiese el matador; pero éste no hizo caso de tales advertencias; cogió una maña para herir bien arrancando de través, y como la masa indocta de la afición vió el resultado y no la forma, se entronizó la corruptela, pasando por volapiés lo que era bien claro un *paso corto de banderillas* (1). Este sistema, aplicable á todos los toros que ofrecían algún cuidado, tenía un olvido oportuno cuando las reses eran tan nobles que permitían al matador *acostarse en la cuna*.

.....
»Rafael tiene una aureola que nadie puede arrebatarse, porque al ponerse á la cabeza de los matadores de toros de su época depuró el arte de la brega,

(1) Esa manera de matar toros, más ó menos perfeccionada, es la que emplean hoy casi todos los diestros con y sin alternativa.

hasta tal punto que es imposible ir más allá, pues para enriquecerlo tuvo el genio y la estética en admirable conjunto. No, no ha habido quien le iguale como peón auxiliador y correcto de líneas, oportuno siempre y siempre preventivo. Su *manera* de torear á punta de capote, de correr ligeramente ó pausado, de entrar por derecho y en semicírculo, de parar y consentir á una res, será siempre un modelo, una invención de la que solo puede hablarse habiéndole visto y saboreado infinitas veces.

.....
»El volapié clásico y severo desapareció; *Lagartijo* el bravo, *Lagartijo* el artista, lo había mixtificado.

»Entonces se defendió con sus quiebros inimitables, con su toreo á medio capote y á punta del mismo, con sus banderillas y sus quites de hermosísima factura» (1).

(1) *Los grandes sucesos de la vida taurómaca de «Lagartijo»*, págs. 282 á 286.

Para terminar, repetiremos lo dicho por nosotros en el volumen anterior de esta biblioteca, dedicado á Salvador Sánchez, *Frascuelo*, refiriéndonos al toreo de Rafael:

- «*Lagartijo* resumía en su toreo inteligente y adornado, la reposada gallardía de *Paquiro*, la agilidad del *Chiclanero*, la astucia de *Cúchares*, el gracejo del *Tato*, la elegancia de Cayetano...»

Rafael fué para el toreo, lo que Velázquez y Goya para la pintura, Tamberlik y Gayarre para el canto, Latorre y Romea para la escena.

Si como espada no llegó á ser perfecto, como torero no tuvo rival ni ha tenido sucesor.

Realizó el ideal estético dentro de un arte vigoroso y afiligranado, llevándose á la tumba el secreto de aquellas *largas* inimitables, de aquellos quites realizados á punta de capote, de aquellos maravillosos pares de banderillas puestos al quiebro, de aquellas *exquisitas* faenas de muleta, que convertían en bravos to-

ros mansurrones, y dominaban, como fascinándolas, reses *de sentido* que apenas se dejaban torear...

Y eso lo ejecutó un día y otro, durante veintiocho años, venciendo en reñida competencia á los maestros más célebres de su época.



IV

1.º de Junio de 1893.

Lagartijo fué un *genio* de la tauromaquia y, como todos los *genios*, tuvo sus caprichos y sus debilidades.

Aquel gran artista se equivocó muchas veces, dando lugar á que los aficionados pusieran en tela de juicio su valor é inteligencia para la lidia.

Frascuelo, que no cónocia el arte tan á fondo como él, supo retirarse á tiempo.

En cuanto Salvador advirtió que sus facultades empezaban á declinar, abandonó el toreo, y fué despedido con todos los honores á su valentía correspondientes.

Como dijimos al tratar de su biografía, no tuvo decadencia.

Lagartijo, sí.

Mucho tiempo antes de su retirada perdió facultades físicas, que hubo de suplir con los recursos que su inteligencia le suministraba para burlar á las reses.

Por eso devoró amarguras sin cuento y desengaños crueles algunas tardes poco afortunadas.

Rafael contaba numerosos amigos en todas las esferas sociales, que, sin distinciones, con la mayor buena fe y la voluntad más entera, aplaudían cuanto ejecutaba... ¡hasta sus desaciertos!

Y ellos fueron los que, halagando su amor propio, le hicieron creer que aún podía mantener su prestigio á despecho de la edad y los quebrantos consiguientes á tantos años de lucha verdaderamente gigantesca.

Y *Lagartijo* siguió luchando, como pudo, á pesar de que Mazzantini primero, el *Espartero* después y, por

último, *Guerrita*, venían *haciéndole apretar*.

La visible parcialidad con que sus partidarios le trataron, á título de admiradores incondicionales; el prurito que siente todo gran artista de abandonar el escenario de sus triunfos lo más tarde posible; tal vez razones de índole privada, que no hemos de analizar, condujeron á Rafael por el plano inclinado de sus desaciertos hasta la fecha, doblemente luctuosa y memorable, del 1.º de Junio de 1893.

Para ese día se anunció en Madrid una corrida de seis toros de Veragua, en la que *Lagartijo*, despidiéndose del público, actuaría como único matador.

«Pocos espectáculos habrán despertado un interés tan grande como la despedida de *Lagartijo*. Los billetes alcanzaron precios fabulosos; hubo quien pagó más de mil pesetas por un palco, y á ese tenor se vendieron las demás localidades.

.....

»Frente á la casa donde se aloja Rafael, en la Carrera de San Jerónimo, un gentío inmenso esperaba la salida del maestro.

»Este, al montar en el coche, fué aplaudido y vitoreado por la multitud.

.....

»Al presentarse Rafael resonó en la plaza un aplauso inmenso, ensordecedor; no había manos que no batiesen palmas; las señoras agitaban los pañuelos, y los gritos de ¡viva el maestro! ¡viva Córdoba! se repitieron con profusión.

»El *Califa* vestía de plomo y oro con pañoleta roja» (1).

Los toros resultaron mansos.

El primero, *Perinolo*, colorado, gordo, ancho de cuna y bizco del izquierdo, murió á manos de Rafael mediante un trasteo desconfiado y media estocada bien puesta á paso de banderillas.

(1) Millán: *Trilogía taurina*—2.^a parte—*En la Plaza*, pág. 220.

Pucherero se llamaba el segundo toro, negro, con bragas, fino de púas y bien puesto. No pudo lucirse el diestro con la muleta por la excesiva manse dumbre del buey, y lo despachó con media estocada algo caída.

Algarrobo, que hacía el número tres, castaño, aldinegro, bragado, de cuerna fina y bien colocada, llegó á la muerte quedado y con aviesas intenciones.

«Con un buey que tomaba la defensa en los tableros y no acudía al trapo, dicho se está que la faena había de resultar sin lucimiento, aunque yo creo, Dios me perdone, que si Rafael se hubiera acercado más, hubiese podido hacer una brega aceptable.

»Pero no quiso y provocó la grita.

»Al revuelo de un capote mete un sablazo y el público acentúa la protesta» (1).

»En el cuarto, *Cocinero*, colorado,

(1) Millán: *Trilogía taurina*—2.ª parte—*En la Plaza*, pág. 224.

bragado, astinegro, bien armado y de bonita lámina, Rafael anduvo desconfiado, y como cuando él no quiere; con esto está dicho todo. Le trasteó de naja y silbó el público.

»Quiso tirarse á paso de banderillas, y en una arrancada del buey fué alcanzado, sin que afortunadamente el bruto hiciese por él.

»Saltó el manso por los tableros del 9, Rafael pinchó tres veces en medio de la mayor gritería, y se deshizo de la *fiera* de un sablazo al revuelo.

»(Pita general)» (1).

Clavó *Lagartijo* un buen par al quinto; acercóse después al bicho, arrojó la montera y remató algunos pases bastante confiado; pero al herir se le fué el estoque á los bajos é intentó dos veces el descabello sin acertar. (*Pita.*)

Ese toro se llamaba *Tiznao* y era be-
rrendo en negro, botinero, gordo, fino,

(1) Millán: *Trilogía taurina*—2.^a parte—
En la Plaza, pág. 224.

ancho y levantado de herramientas.

Por añadidura, resultó manso como sus cofrades.

Pandereto, negro con bragas, pequeño, jovenzuelo, fino y bien armado, salió en último turno.

Lagartijo le puso un gran par de banderillas llegando paso á paso hasta la cara del cornúpeto, y repitió con otro al cuarteo, bueno también.

Buscó al toro en la querencia de dos caballos, para pasarle desde cerca y confiado. Pinchó bien dos veces, arreó un mete y saca y al fin agarró media estocada, que dió en tierra con el manso.

Lo que después ocurrió, no merece la pena de recordarlo.

Aquello fué horrible.

Ni los respetos debidos á la ancianidad—pues *Lagartijo*, al retirarse, frisaba en los cincuenta y dos años—ni el recuerdo de un pasado glorioso de continuo batallar con aplauso del público, bastaron á contener en los límites de la

prudencia las manifestaciones de desagrado que recibió el maestro al terminar la corrida.

¡Cuán amargas reflexiones acudirían á la mente del veterano lidiador, cuando custodiado y medio oculto en el carruaje que le condujo desde la plaza á la fonda, oyera los silbidos y las rudas imprecaciones con que la muchedumbre olvidara en aquellos momentos, de suprema angustia para el *Gran Califa*, toda una historia artística de imperecederos triunfos y portentosas faenas, sostenida con imponderable maestría durante buen número de años!...

Las muchedumbres son ingratas é irreflexivas.

Su inconsciencia suele arrastrarlas á extremos inconcebibles, tanto para el bien, como para la crueldad.

En aquella ocasión, la muchedumbre pecó de cruel con *Lagartijo*.

Napoleón, aquel genio de la guerra, después de sus triunfos de Wagram, Jena, Marengo, Austerlitz, etc., quedó

vencido en Waterlloo... ¿Cabe negar por eso las dotes de gran capitán que reconociera en él todo el mundo?...

No; un detalle, quizás insignificante, basta para determinar el exterminio de un ejército.

Una equivocación—imperdonable si queréis—aunque produzca una hecatombe, no debe jamás ser reputada criminal.

Lagartijo pudo ser tachado de imprevisor—lo fué—pero nunca mereció aquel castigo tan duro que la multitud le infligiera.

Seamos justos.

Cierto es que Rafael no estuvo en aquella corrida á la altura de su fama.

Pero también debió el público tener en cuenta las circunstancias atenuantes que concurrieron al fracaso.

En primer término, las condiciones del ganado, que por su mansedumbre excesiva no se prestó á lucimientos de ninguna clase.

Además, lo que pesaría en el ánimo

del diestro cordobés la idea de abandonar para siempre aquella plaza donde tantos y tan señalados triunfos alcanzara en tiempos más bonancibles.

Por otra parte, la decadencia de facultades, ya notoria en el maestro desde hacía algunos años.

Y, sobre todo, que no fueron aquella tarde á la plaza para juzgar al torero, ya consagrado por la afición, sino á despedir cariñosamente al amigo predilecto, que tantas veces hubo de entusiasmar por su valor é inteligencia á los mismos que entonces le recriminaban.

Ningún hombre sensato, de nobles sentimientos, osara insultar á un cadáver, aunque fuese el de su más odiado enemigo. Rafael, aquella tarde, *murió* para el arte; era un *cadáver* y la multitud le insultó...

La ingratitud y la crueldad, asociadas con el odio, provocaron aquellas repugnantes manifestaciones.

La razón quedó rendida ante la barbarie.

El genio pisoteado por la bestia indómita de cien mil cabezas.

Rafael habíase despedido ya, con tan mala fortuna como en Madrid lo hiciera, de los públicos de Zaragoza, Bilbao, Barcelona y Valencia, los días 7, 11, 21 y 28 de Mayo de 1893, respectivamente.

En todas esas corridas quedó mal, y en todas recibió patentes demostraciones de desagrado.

¡Triste final de una carrera con tanta fe comenzada y tan brillantemente seguida!

No hubo piedad para el caído.

Lagartijo pagó bien cara su imprevisión: no supo retirarse á tiempo, y eso fué todo.

Quizás lo que entonces se convirtió en tremenda derrota, hubiera resultado *apoteosis* ocho años antes.



V

Datos para la historia

Ardua y prolija tarea resultara, impropia de estos ligerísimos apuntes, la de anotar uno por uno los hechos notables realizados por *Lagartijo*, ya con el capote ó la muleta, ya con las banderillas y el estoque.

Labor es esa que muy concienzudamente llevó á cabo el Sr. Ramírez Bernal, en su obra *Los grandes sucesos de la vida taurómaca de Lagartijo*, y antes el inolvidable Peña y Goñi hubo acometido, con la brillantez en él peculiar, legándonos un hermoso libro: *Lagartijo, Frascuelo y su tiempo*, donde

consignado están los actos con que ambos famosos diestros patentizaron su valor, inteligencia y arte para lidiar reses bravas.

No es ese nuestro propósito, ni las limitadas proporciones de este folleto permiten ofrecer un trabajo tan extenso y minucioso como fuera necesario.

Creemos que con lo escrito en capítulos anteriores, puede formarse idea bastante aproximada de lo que fué Rafael Molina como torero.

Como particular, díganlo cuantos se llamaron amigos suyos, y sobre todo los indigentes de Córdoba, que tuvieron en su célebre paisano un padre cariñoso, dispuesto siempre á aliviar un infortunio ó á enjugar una lágrima con generoso desprendimiento.

Por eso el pueblo cordobés adoraba en el maestro.

Lagartijo fué quizás el último representante del torero legendario.

Rumboso, alocado, de nobles sentimientos y exquisita sensibilidad, ni ha-

cia aprecio del dinero que con tanto riesgo de la vida ganaba, ni se preocupó seriamente por el porvenir.

Tuvo, además, el talento de *conocerse*; virtud de que no muchos pueden alardear.

El renombre conquistado por su excelente labor taurina, granjeóle simpatías y amistades con personas de las más elevadas jerarquías sociales; y Rafael, considerándose muy distanciado de ellas en lo que á la cultura y trato de gentes se refería, mostraba siempre singular ahinco en aparecer circunspecto y comedido, dando con esa plausible conducta ocasión á que los que no le conocían bien á *fondo*, creyeranle de carácter poco expansivo y huraño á veces, cuando el hombre era la bondad y la alegría personificadas.

Pero *Lagartijo* sabía callar á tiempo, y ese era otro mérito, aquí donde, para ser tenido en algo, se hace condición indispensable la de hablar mucho y con cualquier pretexto.

Por eso dijo Moratín en su preciosa comedia *La Mogigata*:

¡Que haya cátedras y escuelas
que enseñen á hablar, y el arte
de callar nadie lo enseña!...

En distintas épocas, unos como de plantilla y otros en calidad de sustitutos y supernumerarios, trabajaron á las órdenes de *Lagartijo* los diestros siguientes:

BANDERILLEROS: Benito Garrido, *Villaviciosa*; José Gómez, *el Gallo*; José Giráldez, *Jaqueta*; Juan Yust; Mariano Antón; Rafael Bejarano, *el Cano*; Juan Molina; Manuel Molina; Manuel Martínez, *Manene*; Rafael Bejarano, *el Toverito*; Rafael Guerra, *Guerrita*; Lorenzo Quílez; Eusebio Martínez; Cosme González; Tomás Parrondo, *el Mancha*; José Bejarano; Rafael Rodríguez, *Mojino*; Rafael Martínez, *Martín*; Manuel Antolín; Antonio Pérez, *el Ostión*; Santos López, *Pulguita*; Manuel Blanco, *Blanquito*; Antonio Bejarano, *La-fila*, y José Martínez, *el Pito*.

PICADORES: Juan^o Antonio Mondéjar, *Juaneca*; Antonio Arce; Domingo Granda, *el Francés*; Miguel Alanís; José Marqueti; Antonio Calderón; José Calderón; Onofre Alvarez; Manuel Calderón; Francisco Parente, *el Artillero*; Juan Rodríguez, *el de los Gallos*; José Vizcaya; Rafael Moreno, *Beao*; Manuel Martínez, *Agujetas*; Juan Moreno, *Juanerito*; Francisco Gómez; Francisco Zafra; Juan Pérez; Francisco Coca; José Pacheco, *Veneno*; Manuel Rodríguez, *Cantares*; José Arana Molina; José Martín Pino; Francisco Sarasúa, *Charol*, y Antonio Cabezas, *el Pajarero*.

Hasta la fecha de su despedida— 1.º de Junio de 1893—*Lagartijo* toreó 1.632 corridas, estoqueando la respetable cifra de 4.867 toros (1).

Durante los veintiocho años que ejerció de matador con alternativa, recibieron de él esta *suprema investidura*: José Giráldez, *Jaquetá*, 5 de Septiembre

(1) Escamilla y Rodríguez, artículo citado.

de 1869; Gerardo Caballero, 6 de Septiembre de 1874; Angel Pastor, 22 de Octubre de 1876; Manuel Molina, 5 de Septiembre de 1879, en Murcia, confirmada en Madrid el 11 de Julio de 1880; Francisco Sánchez, *Frascuelo*, 11 de Octubre de 1885 (1), Rafael Guerra, *Guerrita*, 29 de Septiembre de 1887, y Rafael Bejarano, *el Torerito*, 29 de Septiembre de 1889.

Además confirmó en la plaza de Madrid las que obtuvieron en otras, á Manuel Hermosilla, que la recibió en el Puerto de Santa María el año 1873, de Manuel Domínguez (12 de Mayo de 1874); José Sánchez del Campo, *Cara-ancha*, á quien la otorgó el mismo Domínguez en Sevilla el 27 de Septiem-

(1) Este diestro recibió la alternativa por primera vez en Madrid, el 14 de Octubre de 1877, de manos de Francisco Arjona, *Currito*; pero perdió el derecho de antigüedad por figurar como banderillero en la cuadrilla de *Lagartijo*, quien se la concedió nuevamente en la indicada fecha.

bre de 1874 (23 de Mayo de 1875), y Luis Mazzantini, á quien *doctoró* Salvador Sánchez, *Frascuelo*, en Sevilla, el 13 de Abril de 1884 (29 de Mayo de 1884).

Inauguró las plazas de Madrid (1), Má-

(1) Esta plaza de toros, hoy existente, se inauguró el 4 de Septiembre de 1874, con una corrida en la que se lidiaron diez toros de distintas ganaderías por los matadores Manuel Fuentes, *Bocanegra*; Rafael Molina, *Lagartijo*; Francisco Arjona Reyes, *Currito*; Salvador Sánchez, *Frascuelo*; Vicente García, *Villaverde*; José Lara, *Chicorro*; José Machío y Angel Fernández, *Valdemoro*.

Lagartijo, al correr el primer toro, de Veragua, fué alcanzado por éste y pudo librarse de una cogida gracias á la rapidez con que acertó á cubrirle la cara con el capote y á la oportunidad de arrojarle al suelo en aquel instante; pero no pudo evitar que el bicho le pisoteara y destrozase la taleguilla.

Mató Rafael los toros segundo—*Casador*, de D. Antonio Hernández--y décimo—*Traidor*, de López Navarro—quedando medianamente en ambos.

Al dar una estocada al último, resbaló y

laga, San Sebastián, Granada, Vitoria, Tarragona, Haro, Castellón, Almería, Valladolid, Lorca, Priego, Murcia, Utiel, Alicante y Gandía.

Aunque, según frase que se le atribuye, Rafael en su primera época de matador, á consecuencia del valor, casi temerario, con que sorteaba las reses, *estaba más tiempo en el aire que en la plaza*, las cogidas más importantes que sufrió fueron éstas:

En Cáceres el 15 de Agosto de 1862, un toro de Benjumea le produjo extensa y profunda herida en el muslo izquierdo.

Toreando en Madrid el 9 de Julio de 1864, recibió otra herida en el mismo muslo.

El 20 de Junio de 1864, en Sevilla, al dar una estocada contraria á volapié sobre tablas al segundo toro, de Miura, éste lo engancho y suspendió por el

cayó, salvándose milagrosamente de un desavío.

muslo derecho, infiriéndole un puntazo leve.

El 20 de Octubre del mismo año, el toro *Sevillano*, de Andrade, lidiado en la plaza de Madrid, alcanzó al diestro cuando éste remataba un quite, causándole dos heridas.

En Cádiz, el 11 de Mayo de 1870, un toro de Ziguri le hirió en el muslo izquierdo.

Otra cornada en el muslo derecho recibió toreando en Zaragoza el 14 de Octubre de 1872.

Y, por último, el 22 de Junio de 1873, sufrió dos graves heridas en el brazo derecho.

He aquí lo ocurrido según relato de un testigo presencial:

«Aun cuando, por fortuna, el cuerno derecho del toro *Charretelo* no había interesado el hueso, tendones ni arterias de la parte superior del brazo derecho del primer espada, el efecto que produjo en la concurrencia la bajada de cabeza del desgraciado *Lagartijo*, des-

pués de salir de las astas del bicho y en cuyo acto fué auxiliado por su hermano y otros diestros para conducirlo á la enfermería, fué espantoso, dibujándose en todos los semblantes el pesar que les agobiaba» (1).

Charretelo, negro, girón, bragado y bien puesto, pertenecía á la vacada de Bermúdez, y se lidió aquella tarde en primer lugar.

Tardo al partir, pero recargando luego, terminó por hacerse receloso en varas y desarmar en bandeillas.

El presidente se precipitó en el cambio de suerte y *Lagartijo* hubo de sufrir las consecuencias.

Rafael, valiente y decidido, ofreció al bicho cuatro pases naturales buenos, dos con la derecha y tres cambiados, y perfilándose muy en corto, clavó media estocada arrancando, siendo cogido por el brazo en el momento de tirar el derrote *Charretelo* para desarmarle.

(1) Ramírez Bernal: obra citada.

El matador quedó suspendido y al despedirle el toro anduvo unos pasos hacia atrás, sin perder ánimo y esforzándose para no caer.

Conducido á la enfermería, el médico D. Antonio Alcaide de la Peña le apreció una herida en el tercio medio y parte anterior del brazo derecho, como de unos ocho centímetros de longitud é interesando todas las partes blandas, y otra en el tercio inferior y parte posterior de unos dos centímetros; lesiones que fueron calificadas de graves.

Seis años después de haberse retirado—1899—tuvimos ocasión de admirar por última vez la maestría de *Lagartijo*, quien, á instancias de la *Asociación de funcionarios civiles*, hoy disuelta, vino á Madrid para tomar parte, como director de lidia, en la becerrada que á beneficio propio celebró aquélla el día 6 de Julio del expresado año (1).

(1) Nuestro queridísimo amigo y compañe-

Los *becerros*, de Mazpule, especialmente los primero, segundo y quinto, resultaron excesivamente grandes para que los lidiasen aficionados; gracias á unos cuantos muchachos valientes que se encargaron de ello, en medio de un lamentable desbarajuste, pudo ver el

ro Eduardo de Palacio, el popular é inolvidable *Sentimientos*, fué alcanzado en el callejón, donde se hallaba el distinguido escritor presenciando el espectáculo, junto á la puerta de la enfermería, por el primer novillo de los corridos aquella tarde, y recibió una cornada grave en un muslo, varios palos y pisotones en todo el cuerpo y erosiones en la cara. Conducido á la enfermería, se le practicó en el acto la primera cura, siendo trasladado en una camilla á su domicilio, por disposición del facultativo de guardia Sr. Isla.

Sentimientos tenía decidido empeño en hacer la reseña de la fiesta, porque su cariñoso amigo, el veterano é insustituible Rafael Molina, *Lagartijo*, dirigiría la lidia desde el rondel y... ¡quizás hiciera algo bueno!

¡Pobre Eduardo! ¡No pudo entusiasmarse viendo al *abuelo* poner un par de banderillas archimonumental!

público torear aquellos bichos, que más cerca estaban de la *edad viril* que de la *infancia*.

El aficionado Angel Salanlloch, encargado de pasaportar al primer novillo, fué empuntado por el cuello y pasó á la enfermería con abundante hemorragia y en estado grave. El novillo volvió al corral.

«Paso por alto—escribió *D. Hermógenes* (1) reseñando los incidentes de la corrida—lo ocurrido en la lidia del tercero y cuarto, para detenerme á relatar lo que constituyó lo verdaderamente meritorio de la fiesta.

»Malamente capeado el quinto *becerro*, que era un señor toro, duro, con bastante poder, bien armado y de malas intenciones, que dejó en la arena tres jacos difuntos, el público, ansioso de presenciar algo bueno, pidió que parease *Lagartijo el Grande*; Rafael se

(1) Autor de éste y los anteriores folletos publicados por la *Biblioteca «Sol y Sombra»*.

resistió, en mi opinión obrando con buen acuerdo; pero tanto insistieron los espectadores, que al fin hubo de ceder, y los tres matadores, Valentín Martín, *Torerito* y *Lagartijo*, tomaron las de lujo, para complacer á los demandantes entusiastas.

»Salió por delante Valentín, que clavó un par superior de frente; siguió *Torerito*, que en la misma forma, llegando muy bien y metiendo los brazos con mucha verdad, dejó un par también muy bueno, aunque una de las banderillas se desprendió.

»Y el gran Rafael, después de preparar al torillo, que no acudía y se entableró junto al tendido número 2, entrando en el terreno donde solo entran los GRANDES MAESTROS y los valientes, dejó un par, al sesgo, que ni medido á compás hubiera resultado más igual ni mejor colocado.

»¡Aquella ovación fué un delirio imposible de describir! Cuanto digamos, resultará pálido ante tamaña demostra-

ción del entusiasmo de la multitud, que se desbordó en un torrente de aplausos y aclamaciones, digno tributo de admiración que rinde el pueblo al hombre que durante más de veinte años le exaltó con su valor y destreza y, ya en el ocaso de la vida, conserva suficientes recursos para reverdecer aquellos laureles» (1).

El 12 de Mayo de 1898, había también asistido en Madrid á la corrida *Patriótica* organizada para allegar fondos con destino á los gastos de la guerra colonial, en calidad de asesor de la presidencia.

El público aquella tarde hizo una calurosa manifestación de simpatía al anciano cordobés, que, enternecido ante tan espontánea prueba de cariño, respondía con lágrimas en los ojos al entusiasmo general despertado por su presencia en el palco.

Aquellas aclamaciones borraron para

(1) *Sol y Sombra*, núm. 117, año III.

siempre los ultrajes que el maestro recibiera la tarde de su despedida.

La fecha de 1.º de Junio de 1893, quedó anulada por la de 12 de Mayo de 1898.



VI

La muerte de «Lagartijo». **Anécdotas.—Conclusión.**

A las ocho y diez minutos de la mañana del 1.º de Agosto de 1900, falleció Rafael Molina Sánchez en su casa de Córdoba, llevándose al sepulcro aquellos caracteres distintivos de su toreo: el valor, sin temeridad; la alegría, sin farándulas; la elegancia, sin amaneamientos; el adorno, sin gárrulos desplantes, y la inteligencia, sin afectación.

Su figura, siempre gallarda, tenía mucho de la plasticidad griega; y aquel busto, de esculturales contornos, se destacaba arrogante y severo, como el del

romano gladiador al ejecutar algunas de las múltiples suertes que en el toreo dominaba.

¿Quién no recuerda aquella manera elegantísima de rematar sus famosas *largas*?

Después de Rafael, ningún torero, aunque todos han tratado de imitarle, ha conseguido con esa suerte despertar en el público el mágico efecto que el gran maestro *Lagartijo* lograba producir.

Y es que en él se reunían las esenciales condiciones para obtener aquel brillante resultado: inteligencia, destreza y gallardía.

Con las banderillas, dominaba por completo cuantas maneras se conocen de ejecutar la suerte; y bien al cuarteo, de frente, al sesgo ó al cambio, *Lagartijo*, digno discípulo del *Gordito*, no tuvo rival que pudiera superarle.

Algo desigual con el estoque, las tardes que la fortuna le abandonaba suplía con sus profundos conocimientos

en el arte las deficiencias de ejecución.

A las distinguidas cualidades que como torero le adornaban, unía un carácter amable, sincero y leal; gracejo inimitable, no afectado, y generosidad sin límites.

Por eso *Lagartijo* fué uno de los hombres más populares en España, y por eso en Córdoba todos sus paisanos y convecinos, grandes y pequeños, altos y bajos, ricos y pobres, le profesaban una especie de culto, rayano en veneración; y por eso *todo Córdoba* sintió, como desgracia irreparable, propia, íntima, la muerte de Rafael; porque al perderle, perdieron un amigo, un hermano, un padre.

¡Había enjugado muchas lágrimas y socorrido muchas miserias!...

«A la una de la madrugada empezó la agonía con un fuerte ataque de disnea, haciéndole cada vez más difícil la respiración.

»A las cinco dijole su confesor:

»—Vamos á pedir á la Santísima Virgen el alivio de usted.

»—Y yo también—contestó de un modo apenas perceptible.

»Todos los amigos que rodeaban su lecho rezaron de rodillas, mientras el enfermo besaba repetidamente, con gran fervor, una medalla de la Virgen de los Dolores.

»Después llamó á sus parientes y amigos, despidiéndose de todos ellos y pidiéndoles perdón por *lo malo que durante su vida les hubiera hecho*.

»¡Qué alma más hermosa! ¡Qué sincero arrepentimiento de sus faltas, y qué olvido de sus muchas buenas acciones!...

.....

»El gran Rafael decía con frecuencia, rebelándose contra su poderosa enemiga:—No; esto no *pué* ser» (1).

(1) Escamilla y Rodríguez: *Rafael Molina (Lagartijo)*, artículo necrológico publicado en el núm. 177 (año IV) de *Sol y Sombra*.

Al día siguiente recibió el cadáver cristiana sepultura provisional, hasta que los restos pudieran ser trasladados al panteón de familia, en el núm 69 del cuadro 6.º llamado de San Mariano.

Presidieron el acto de la conducción del cuerpo al cementerio de la Salud, los señores director espiritual, Gobernador militar de la plaza, Sr. Ceballos; D. Juan L. Velasco, Alcalde; D. José Rodríguez, D. Ramón Saldaña, D. José Bellido, D. Rafael Barrionuevo, D. Rafael Sánchez y los sobrinos del difunto: Rafael Molina, *Lagartijo chico*; Manuel González, *Recarcao*; Rafael González y Francisco González, *Chiquilin*.

Inmensa muchedumbre, en la que hallábanse representadas todas las clases sociales, acompañó al cortejo fúnebre ó presenciaba el tránsito en calles y edificios.

Las calles del trayecto ofrecían un aspecto imponente.

«Al entrar en el cementerio el clero, hubo necesidad de cerrar las puertas,

porque el público lo atropellaba todo; pero no se pudo impedir que se asaltasen las tapias. Más de una hora duró el desfile ante los restos, ya en descomposición, del incomparable diestro...» (1).

—
Lagartijo no perdió en los postreros días de su vida aquel carácter especial que tan simpático le hiciera para cuantos le trataban.

Cuando estaba ya muy grave, entró en su cuarto el médico que le asistía y Rafael, mirándole con los ojos muy abiertos, le dijo:

—D. José, me *paece* á mí que este bicho está *mu quedao*.

—
Pocos días antes de morir, le preguntó su sobrino político el *Torerito*:

—¿Cómo te encuentras, *Rafaé*?

—Estoy arreglando la maleta *pa* un viaje *mu largo*.

(1) Escamilla y Rodríguez: *Rafael Molina (Lagartijo)*, artículo necrológico publicado en el núm. 177 (año IV) de *Sol y Sombra*.

En el período agónico, su ahijada Rosario le limpiaba la boca con un pañuelo y Rafael, moviéndose nerviosamente de un lado á otro, repetía con frecuencia el—*¡Déjalo ya!*—con que hacía retirar á su hermano Juan cuando éste le preparaba el toro para la suerte suprema.

Refirió el ya difunto ilustre escritor D. Pascual Millán, en un precioso artículo necrológico titulado: RAFAEL, que publicó *Sol y Sombra* en su número 177, la siguiente anécdota de que fué testigo:

«Lo recuerdo como si fuera ayer. Zorrilla, el colosal poeta, quería oír á Gayarre, el tenor colosal; pero quería que cantase para él solo, no convirtiendo aquella hermosa voz en una especie de abrevadero público, donde todos pudieran beber, sino haciendo de ella un manantial del genio, que brotase en una reducida estancia, y del cual hasta la

última gota habría de saborearse con deleite.

»Y Gayarre, acompañado de sus íntimos, cantó una noche para Zorrilla.

»No es posible formarse idea de tal velada: hay cosas que la imaginación no llega á comprender.

»Pues bien; aquella noche en que Zorrilla leyó á Gayarre sus mejores versos y Gayarre cantó á Zorrilla las más hermosas creaciones músicas, uno de los amigos del tenor, hombre de carrera, ilustradísimo, poeta, escritor con nombre muy respetable, decía entusiasmado mientras abrazaba al roncalés:

—»Nada, chico: en España no hay más que tres grandes hombres: *Lagartijo*, Zorrilla y tú.

—»¿Y qué lugar ocupó entre ellos?— respondió sonriendo el cantante.

—»Pues coloca á Rafael el primero y ponte después en el que te dé la gana.

»Aquello no era un chiste, ni una andaluzada; era la expresión de un sentimiento. Aquel *lagartijista* furibundo

tenía á Rafael por la primera figura de España.»

—

El 10 de Diciembre de 1871 se celebró en Córdoba una corrida, en la que *Bocanegra* y *Lagartijo* estoquearon seis toros de Andrade.

«Se había anunciado que el diestro banderillearía en esta corrida, teniendo entre sus pies al singular *tipo* que le apodaban el *Mojoso*, novillero que más simpatías contaba por su gracia que no por el arte, que no manifestó nunca; Rafael empezó poniendo un par de banderillas cortas al cuarteo y tras esto, practicado como especie de prólogo, se fué con el condescendiente Francisco González, el *Mojoso*, y donde creyó hallar terreno oportuno le hizo tenderse boca abajo y entre las piernas de Rafael; llamó entonces al toro, y arrancando éste le puso el diestro un par al cambio; mas como la fiera no tomó bien la salida y sí se detuvo un momento en el centro de la suerte, alcanzó al *Mojoso* un vareta-

zo al ser enganchado por *Pucherete*, que así se llamaba el toro sexto, de Andrade, en que ocurrió el lance referido y sus consecuencias. Por fortuna el susto fué más que el daño, y González, mirando su pierna derecha, juró y perjuró no servir más de *pedestal* á *Lagartijo* aunque le diese las minas del Perú» (1).

—

La primera vez que un espada se comprometió á matar él solo una corrida de seis toros y el primer torero que tal hizo fué *Lagartijo* en la plaza de Barcelona el día 25 de Septiembre de 1871.

El ganado pertenecía á la marquesa viuda de Ontiveros y Rafael obtuvo uno de sus mayores y más legítimos triunfos.

—

El 11 de Mayo de 1873, mató Molina un toro con la mano izquierda.

(1) Ramírez Bernal; obra citada, pág. 27.

«Desgraciado por demás estuvo *Lagartijo* en esta corrida. Lidióse en primer lugar *Banderillero*, de D. Félix Gómez, y séase por las malas condiciones del toro ó por haberle dado el diestro lidia contraria, el caso fué que necesitó trece estocadas para matarlo. Con tanto pinchar se puso el toro en condiciones tales, que al tirarse el diestro se le adelantaba tapándose; pero aquí de un recurso de maestro. Cambiando el estoque á la izquierda y la muleta á la mano derecha dió Rafael un pinchazo y un bajonazo, que acabó con res tan prevenida» (1).

También es digno de recordación lo ejecutado por *Lagartijo* con un toro de Bañuelos, llamado *Remendao*, que se lió en Madrid el 9 de Abril de 1874.

El bicho, durante el segundo tercio,

(1) Ramírez Bernal; obra citada, pág. 38. Hoy faena semejante hubiera bastado para que el diestro, por eminente que fuera, no pisara más la plaza en que la ejecutase.

se defendió como gato uñas arriba á la querencia de un caballo muerto.

Convencido el Presidente de que sería perder el tiempo empeñarse inútilmente en ponerle un par más de los que con muchas fatigas le clavaran Juan Molina y Mariano Antón, dispuso el cambio de suerte.

Lagartijo—á quien correspondió el turno de matar—sin pasarlo siquiera de muleta pidió permiso al público, y éste se lo concedió, para descabellar al bicho, consiguiéndolo al primer envite.

Ese hecho, aunque no nuevo, raro, mereció las más acerbas censuras del célebre Peña y Goñi, quien puso este comentario á la faena de Rafael: «el puntillero *Lagartijo* tuvo una ovación.»

—

Otro de los actos memorables realizados por el *Gran califa* es el que vamos á recordar.

El 5 de Junio de 1892—época en la que *Lagartijo* se hallaba en plena declinación y próximo al ocaso—se corrie-

ron en la plaza madrileña seis toros procedentes de la ganadería de que á la sazón era propietario el famoso espada cordobés.

Mataron aquella tarde Rafael, el *Espartero* y *Lagartijillo*.

Los toros resultaron bueyes; dos fueron fogueados.

Indignado *Lagartijo* al ver la manse-
dumbre desesperante de *sus* toros, cuando hicieron la señal para que tostasen al sexto los *rehileteros*, cogió los palos *motu proprio* y él mismo se encargó de ejecutar la orden, clavando en el morrillo de *Barrilero* tres pares «por la derecha todos, y todos de maestro»—según escribió el Sr. Millán al hacer la *reseña* de tal corrida.

—

El Sr. Carmena y Millán incluyó entre otras, en su precioso libro *Lances de capa*, la anécdota que reproducimos á título de graciosa é interesante.

«*Lagartijo* decía siempre:

—»Yo me entregaré cuando sea pre-

ciso á un toro bravo; pero no quiero dejarme coger por ningún *güey*.

»Tocábale una tarde en Madrid matar un mansurrón, más á propósito para tirar de una carreta que para merecer los honores de la lidia en la plaza, y Rafael le toreaba de lejos con grandes precauciones, capoteándole también sin cesar su hermano Juan. Gritaba el público á éste para que se retirase, y Rafael, en vista de que la silba se pronunciaba mucho, gritó á su vez:

—»¡Juan, que lo dejes *dicen!*

»No hizo Juan gran caso de la orden de su hermano y siguió dando mantazos al bicho; pero la silba era ya tan monumental, que Rafael gritó con más fuerza:

—»¡Juan, que lo dejes *dicen!*

»Retiróse tímidamente Juan, y quedándose solo Rafael, desplegó su incomparable habilidad, deshaciéndose del buey de una estocada á paso de banderillas. Al volver á los estoques, le preguntó un tanto amostazado á Juan por qué se había retirado; y al respon-

der éste que *porque él se lo había mandado*, replicó enseguida Rafael:

—»Pues para otra vez ya lo sabes; cuando yo diga: *Juan, que lo dejes dicen*, tú no haces caso, porque SON ELLOS los que lo dicen; cuando yo te diga: *déjalo, Juan*, te retiras, porque entonces soy yo el que lo digo.»

—
«Había pasado *Lagartijo* una tarde las de Caín para acabar con uno de esos toros que, como él decía, no los quería ver ni en *er mapa*, y por la noche se hallaba en su casa conversando con varios amigos, los cuales hacían girar la conversación sobre lo deslucida é inmotivada que había sido la brega del maestro. Amoscado éste con tan larga discusión, la cortó diciendo:

—»*Güeno*, pues vamos á dejar eso, que el toro ya está muerto *pa sécula sin fin*, y yo estoy aquí *sentao, mu serrano*» (1).

(1) Carmena y Millán: *Lances de capa*, página 254.

En cierta ocasión, el buen aficionado D. Vicente Andrés hizo á su amigo Rafael esta indicación:

—Tú has debido hacer un viajecito por América, donde ganarías mucha gloria y mucho dinero; lo que es que no te atreves á pasar el charco...

—No lo creas—replicó *Lagartijo*—lo que me cuesta trabajo es moverme de mi casa; pero teniendo que salir, una vez fuera de Córdoba, voy yo aunque sea hasta Roma.

Un admirador le dijo en otra ocasión:

—Desengáñate, Rafael, en nuestra tierra no ha habido más que dos hombres grandes: tú y Gonzalo de Córdoba.

—No, que *semos* tres—contestó el *Califa*.—¿Dónde te dejas al Gran Capitán?

—¿Quién es el mejor matador de toros?—preguntaron una vez á *Frascuelo*.

—*Ese*—respondió Salvador señalando á *Lagartijo*.

Hicieron á éste la misma pregunta y Rafael contestó:

—*Ese*—indicando á *Frascuelo*.

—¿Y el peor?...

Lagartijo no supo qué decir y empezó á titubear; pero entonces Salvador le sacó del atolladero diciendo:

—No des más *coba* á estos señores. Los mejores somos tú y yo; los peores, tu hermano y el mío.

—

Allá por el año 1891, toreó *Lagartijo* una corrida de Murube en la plaza del Puerto de Santa María.

Hubo toros bravos que se dejaron matar con desahogo y otros que llegaron *imposibles* á la hora suprema.

A Rafael—dicho sea de paso—le tocaron los tres peores, y el maestro los despachó apelando al extenso repertorio de ventajas y tranquillos que su inteligencia le proporcionaba en trances apurados.

Hubo pitos y palmas para las faenas del cordobés, y cuando por la noche los amigos le reprochaban por lo mal que había quedado, *Lagartijo* replicó:

—No me importa que digan ustés lo que quieran de mi trabajo. Si fué breve... ¡mejó! Con los toros asesinos y ladrones, solo empleo el juisio sumarísimo.

Otra vez en la plaza de Madrid le regalaron una petaca de piel con iniciales y cantoneras de oro.

Al enseñar el obsequio á varios amigos y compañeros, uno de los peones cogió la petaca y después de olerla dijo:

—Rafaé... esto será muy güeno, pero le falta el oló.

—Pero pedazo de...—replicó el espada.—¿Tú crees que una petaca es una rosa é Mayo?...

Fuera cuento de no acabar el de seguir recordando anécdotas referentes al famoso maestro *Lagartijo*.

Damos con eso fin á este ligerísimo bosquejo de aquella gran figura, de aquel extraordinario lidiador, á quien sus mismos adversarios admiraban, reconociendo en él méritos indiscutibles, bastantes para que su nombre sea enaltecido al par de los de aquellos campeones de la tauromaquia más afamados en el siglo XIX.



ÍNDICE

	Páginas
I.—Precocidad..	5
II.—La alternativa	19
III.—El toreo de Rafael	29
IV.—I.º de Junio de 1893	49
V.—Datos para la historia	61
VI.—La muerte de <i>Lagartijo</i> .—Ané- dotas.—Conclusión..	77



GINÉS CARRIÓN, EDITOR

VERÓNICA, 13 Y 15, MADRID

Publicaciones de esta casa:

Biblioteca SOL Y SOMBRA

á 50 céntimos tomo.

Volúmenes publicados:

- I.—**Manuel García, el ESPARTERO.**
- II.—**Rafael Guerra, GUERRITA.**
- III.—**Antonio Reverte Jiménez.**
- IV.—**Salvador Sánchez, FRASCUELO.**
- V.—**Rafael Molina, LAGARTIJO.**

Biblioteca Internacional Económica

Á PESETA EL TOMO

Van publicados:

- I.—*Balzac*: **El Hijo maldito**, versión española de Luis Falcato.
- II.—*Martí Miquel*: **El Proceso de Satanás**, novela original.
- III.—*Voltaire*: **La poesía épica y el gusto de los pueblos**, traducción de E. Barriobero Herrán.
- IV.—*A. Herculano*.—**Leyendas y narraciones**, versión española de Luis Falcato.

TARJETAS POSTALES "SOL Y SOMBRA,"

Á 5 CÉNTIMOS CADA UNA

En venta:

- Primera serie: *Suertes del toreo.*
Segunda id.: *Retratos de matadores.*





MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

	Pesetas
Número. <u>297</u>	Precio de la obra
Estante . <u>1</u>	Precio de adquisición..
Tabla... <u>7</u>	Valoración actual.....
Número de tomos.	



297

MAKING

MAKING

MAKING

MAKING

MAKING

MAKING

MAKING

MAKING